

1

EL DÍA EN QUE YO NACÍ

Recuerdo perfectamente el día y el lugar en que nací. Como si fuese ahora mismo. Vine al mundo en un hospital común de una ciudad corriente, que pertenecía al *Homo sapiens*. A pesar de que la mayoría de los seres humanos no lo sabe porque no lo recuerda, por regla general, nacer duele tanto como morir y es por eso que, ese día, fue el día más doloroso de mi vida y, afortunadamente o no, por mi condición de *provectus* psíquico y al contrario que cualquier *Homo sapiens* normal y de muchos otros de mi especie que no poseen mi misma habilidad, puedo acordarme de los primeros instantes de mi existencia.

De hecho, puedo recordar hasta mi propia gestación y también cómo, durante esos nueve meses, pude sentir a mi madre como parte de mí. Cuando ambos nos sentimos unidos el uno al otro y nos juramos amor eterno en un cuerpo único de una perfección casi absoluta. Así fue durante nueve meses intensos. Recuerdo sentir las manos de mi propia madre acariciarme por encima de su piel, de sus cantos y susurros en el interior de su cuerpo, de cómo cada día, puntualmente a las ocho y diez de la mañana, mi madre daba unos ligeros golpecitos con las yemas de sus dedos en su vientre y se comunicaba conmigo cantando y susurrando entre labios una tierna canción de amor que nunca olvidaré. Y yo, como de costumbre, siempre le respondía dándole unos suaves golpecitos en el vientre para hacerle entender que oía su canto y que todo iba bien en su interior, siendo ese un ritual diario al que ambos nos acostumbramos.

Durante toda mi gestación me sentí amado y querido por un ser al que ni tan siquiera conocía, pero del cual cabían en mi interior todos sus sentimientos y pensamientos como si fueran los míos. Éramos dos cuerpos en uno. Nos pertenecíamos mutuamente. Tanto que nunca deseamos separarnos. Éramos el uno para el otro y lo disfrutamos juntos hasta el último segundo.

Recuerdo cuando, de repente, al terminar mi tiempo de gestación y sin previo aviso, algo tiró de mí y me expulsó fuera de ella. Fue entonces cuando empezó mi tormento y experimenté en mis propias carnes el auténtico y terrible dolor del nacimiento. Y fue justamente en ese instante injusto cuando infinitas voces estallaron en el interior de mi mente, clavándose como agujas en

mi cerebro y causándome un dolor tan intenso e indescriptible que empezó a desgarrar todo el interior de mi ser, de dentro hacia fuera.

Entonces, de mi garganta, salió un horrible llanto. Un llanto fuerte. Mezcla de miedo y dolor. Al salir del interior de mi propia madre, envuelto entre grasa y sangre, pude ver cómo el causante de mi salida y todos sus supuestos ayudantes me miraban como si jamás hubieran visto un recién nacido. Eran las personas que ayudaron a mi madre a traerme al mundo. A nuestro mundo. En el interior de mi mente, sentía cada uno de sus pensamientos. Leí de golpe todos sus recuerdos pasados y presentes. Los buenos y los malos. De todos y de cada una de las personas que se encontraban en la habitación. En la planta entera del edificio. En todo el hospital. En toda la ciudad. Y no sé de cuántos millones de personas más.

Todas las voces eran distintas entre sí y totalmente desordenadas, con diferentes lenguajes, tonos, expresiones y volúmenes. Y a pesar de que por aquel entonces era incapaz de comprenderlas, todas se entremezclaban entre sí, creando una especie de murmullo gigantesco capaz de hacer enloquecer hasta al más cuerdo de los seres vivos.

Más adelante, en mis años de juventud, sabría que todos esos sonidos de voces incomprensibles que escuchaba en mi mente eran los pensamientos de todos los seres vivos inteligentes del planeta. Podía escucharlos a todos debido a mi condición de *provectus* psíquico y todas esas voces, que envolvieron mi mente hasta el límite de la locura el mismo día en que yo nací, son el precio a pagar por poseer habilidades tan especiales como las que yo poseo. Pero, en ese instante, solo podía sentir dolor. Dolor en mi mente y en mis pulmones, ya que sin previo aviso ni entrenamiento alguno, empezaron a respirar por sí mismos. Mi cuerpo parecía expandirse. Pasé de estar en un habitáculo reducido durante nueve meses a uno cuyo espacio parecía infinito y que, en realidad, no era más que la sala de partos de un hospital común y de una ciudad corriente que, sin embargo, era una minúscula parte del infinito espacio al que ahora pertenecía.

Entonces, de repente, lo primero que sentí en mi piel fue un cambio térmico. La habitación en la que estaba, a pesar de estar a unos 25°, era más fría que el interior del cuerpo de mi madre y yo, además, estaba mojado, lo cual creo que influyó aún más en mi primera sensación de cambio de temperatura. Instantes después, cortaron la única conexión corpórea que me unía a mí ser amado. Me cortaron el cordón umbilical, que era precisamente por donde había estado recibiendo oxígeno y alimento en todos los días anteriores a mi nacimiento. Y las voces que aún oía en el interior de mi mente, seguían sin callar. Y yo lloraba y lloraba sin cesar. Hasta que terminé agotado y de la mezcla entre el cansancio, el

dolor y la experiencia del mismo nacimiento perdí la conciencia. Pero jamás olvidaré aquel día. Por qué me dolió nacer. Sentí dolor físico y mental. Y una sensación muy difícil de explicar. Aquel día, debido a la gran cantidad de pérdida de sangre y a varias complicaciones en el parto, también murió mi propia madre y entonces, a pesar de ser un recién nacido y estar inconsciente, supe que jamás conocería a la mujer que me regaló la vida y que nunca volveríamos a estar juntos. Lamentablemente, os puedo garantizar que no hay nada más triste en esta vida que no sentirse amado por una madre. Ni tan siquiera un día de tu vida. Sin embargo, puedo asegurar que a pesar de estar inconsciente, pude sentir su muerte en lo más profundo de mi ser. Incluso hoy en día, aún siento aquel instante en que a ella se le escapó la vida.

Por desgracia, nunca pudo acogerme entre sus brazos, ni siquiera pudo ver cómo era el rostro de su hijo recién nacido. Pero, del mismo modo en que os aseguro que sentí su muerte dentro de mí, os garantizo por lo más grande que existe que mi propia madre tenía muy claro que yo era mucho más que un simple niño.

Sabía que grandes cosas me esperaban en el futuro y que mi vida no pasaría desapercibida para el resto de la humanidad. Pero no era un sentimiento como el que toda madre tiene con su hijo. Era mucho más que todo eso. Tenía muy claro que en un futuro, su hijo sería alguien muy grande. Diferente a los demás. Incluso creo que al morir, consciente de su final y de que nunca podría estrecharme entre sus brazos, se despidió de mí deseándome una vida prospera y feliz con toda la fuerza de su alma. Sin embargo, solo lo creo, pues, a pesar de que sentí su muerte en el preciso instante en el que ocurrió, nunca podré asegurar con rotunda certeza cuáles fueron los últimos pensamientos de mi querida y adorada madre.

A los pocos minutos de su muerte, recobré mi conciencia perdida por el esfuerzo de nacer y el dolor de escuchar en mi mente toda aquella multitud de voces distintas que tanto me atormentaban y volví a llorar desconsolado y deseando con ansia desesperada que alguien fuera capaz de ayudarme a aliviar tanto dolor, pues todas aquellas voces infinitas seguían sin callar. Entre tanto llanto, una enfermera del lugar me cogió entre sus brazos y me llevó a otra habitación, en la cual esperé durante mucho tiempo mientras certificaban la muerte de mi madre y decidían localizar a alguien que se hiciera cargo de mí, ya que, hasta aquel momento, en el hospital nadie más se había interesado por mi nacimiento ni por mi madre. Al menos, los médicos no tenían constancia de ello.

Estuve solo por un espacio de tiempo que no consigo recordar con claridad, pues, debido al intenso dolor de mi mente, causado por aquellas voces ajenas a

la mía que invadían constantemente mi cerebro, perdía la conciencia a menudo para volver a recuperarla envuelto en gritos de desesperación.

Eso me sucedía una y otra vez, por un espacio de tiempo indefinido. No sabría decirlo con absoluta certeza. De vez en cuando, los médicos de aquel lugar que iban de un lado a otro como seres enloquecidos, entraban y me alimentaban. Hasta que, al final, otra persona distinta a aquellos médicos, automatizados e histéricos, entró en aquella habitación y me llevó con él. En el mismo instante en que aquel hombre fuerte y robusto me cogió en sus brazos, el dolor de mi mente pareció calmarse un poco. Fue desapareciendo poco a poco hasta hacerse prácticamente inadvertido.

Aquel hombre parecía ser el causante de mi inesperada cura y solo tardé unos escasos segundos en descubrir quién era mi nuevo protector, pues mi mente, enloquecida por tantos pensamientos extraños, tardó muy poco en introducirse en la suya y descubrir su verdadera identidad.

Era mi padre.

Había venido a buscarme para llevarme con él a su tierra. Una ciudad llamada Edén. Sus pensamientos lo delataban. Se llamaba Gabriel Darwin y era uno de los *provectus* con habilidades psíquicas más poderosos e influyentes del planeta. Por fin alguien estaba conmigo para protegerme. Tenía un metro noventa de altura y unos intensos ojos color miel que nunca pasaban desapercibidos. Era un hombre bastante fuerte y no era para menos, ya que, además de ser mi padre y el director de la Escuela de Habilidades Provectus de la ciudad de Edén, era uno de los pocos *provectus* dotados con el mayor galardón que podía recibir un miembro de nuestra especie: era un héroe invencible.

Ser un héroe invencible era un rango que, a pesar de que todos lo deseaban, muy pocos *provectus* podían poseer, pues debía hacerse una gran hazaña para merecer tal rango. Una gesta que fuera recordada para siempre y por todos los tiempos. Muy pocos *provectus*, a lo largo de la historia lo habían conseguido. Ser considerado un héroe invencible era el tesoro más grande que un *provectus* podía llegar a poseer jamás. De hecho, no más de una veintena de *provectus*, de los tres millones que poblábamos la Tierra, poseían tal condecoración y reconocimiento.

Pero, además de poseer el galardón, ser un héroe invencible requería tener una gran responsabilidad, pues, desde el mismo momento en que un *provectus* era considerado por su pueblo y el Gran Consejo como un héroe invencible, se convertía en protector no solo de nuestra especie, sino también de toda la humanidad, daba igual que fueran *provectus* o *sapiens*, y así sería hasta el fin de sus días.

Como he dicho, mi padre, Gabriel Darwin, director de la Escuela de Habilidades Provectus, era un héroe invencible y había venido a buscarme para llevarme con él a la tierra de los *provectus* (más adelante, para no perder el hilo de mi historia con idas y venidas temporales, os contaré cómo mi padre fue merecedor de tal título). Volviendo al momento en que mi padre entró en aquella habitación de aquel hospital común donde me encontraba, sus ojos de color miel se clavaron en mí, examinándome detenidamente.

Sonrió levemente mientras que, al hacerlo, todas las voces, que tanto dolor me causaban en el interior de mi mente, cesaron en el acto. Por supuesto, fue mi propio padre el que, utilizando sus habilidades psíquicas, entró en el interior de mi mente e hizo que mi propio cerebro bloqueara el acceso a mi interior de todos aquellos pensamientos que no fueran los míos propios o de aquellos que se encontraran cerca de mí. Librándome de un dolor tan intenso como indescriptible. Mientras ambos nos mirábamos y nos sonreíamos con ternura, él me arropó entre sus fuertes brazos y, sin perder tiempo ni ser visto por nadie, me sacó rápidamente de aquel hospital común y me llevó al exterior.

Años más tarde, sabría que, por costumbre, ningún *provectus* nace en tierra de los *sapiens*. Si yo lo hice fue por el simple motivo de que mi madre no era una *provectus*, sino una *sapiens*. En nuestra tierra, a pesar de que las relaciones entre *sapiens* y *provectus* son aceptadas, está totalmente prohibida la entrada de cualquier especie humana que no sea *provectus*. Incluso tampoco se puede revelar la existencia de nuestra especie al prójimo. No podemos revelar nuestro secreto bajo ningún concepto. El precio que debemos pagar por ello es el destierro eterno y la pérdida total de nuestros recuerdos, lo que conlleva olvidar por completo nuestro pasado y, por supuesto, nuestras habilidades especiales y nuestro origen como especie. Un precio muy alto para cualquier *provectus*. Eso era ley y la ley estaba hecha para cumplirse. Sin excepciones.

Con el tiempo, también supe que mis padres se conocieron en una incursión de mi padre al exterior en el transcurso de una misión en la que debía proteger el secreto de la existencia de nuestra especie de los *Homo sapiens*. Una incursión especial en la que fue acompañado por sus más fieles compañeros que, al igual que él y motivados por las mismas hazañas, también fueron condecorados como héroes invencibles.

Ellos eran Baltasar, un *provectus* de unos dos metros de altura y el ser humano más fuerte del planeta, cuyas hazañas eran conocidas por todo miembro de mi especie. Tenía un aspecto singular. En la mejilla derecha, tenía una enorme cicatriz, fruto de sus incontables combates que, algún día, tal vez os cuente. Su enorme barba contrastaba con su cabeza rapada y sus vestiduras de cuero negro y marrón, totalmente cubiertas de púas metálicas que las convertían en

una perfecta armadura bastante ligera para él y enormemente pesada para cualquier otro. Además de ser el humano más fuerte de la Tierra, también poseía la envidiable habilidad *provectus* de poseer una piel totalmente invulnerable. No había arma en el mundo capaz de perforarla ni, por supuesto, de causarle el menor daño. Y, a pesar de que su rostro estaba marcado por una gran cicatriz que indicaba lo contrario, os puedo asegurar que la piel de Baltasar era totalmente impenetrable. Aquella herida fue causada por un enemigo, muy poderoso, de Baltasar.

Un enemigo capaz de causar daño donde nadie podía causarlo. Pero eso... es otra historia. Por si todo ello fuera poco, siempre iba armado con una gigantesca maza de piedra para protegerse de sus enemigos... si los hubiera.

También estaba Raven, una mujer de unos sesenta años que poseía la habilidad de poder controlar el clima a voluntad. Siempre iba enfundada en una enorme túnica negra y una gigantesca capucha del mismo color, que le cubrían sus largos y descuidados cabellos blancos y su extremado cuerpo delgado de miradas extrañas. Tenía un aspecto bastante siniestro, siempre la acompañaba un cuervo negro y viejo llamado *Odín* y una vara hecha de madera milenaria.

Pero, más adelante y a lo largo del relato, tendré oportunidad de hablaros con mucho más detalle de mi padre y de sus compañeros de aventuras. No olvidéis sus nombres.

El motivo del viaje a la tierra de los *Homo sapiens* de mi padre y sus compañeros era para proteger nuestra existencia como especie *Homo provectus* y que no fuera revelada a los *sapiens*. Se remontaba a dos años antes de mi nacimiento y consistía, básicamente, en controlar a un *provectus* llamado Prometeo, que tenía la habilidad de alterar la realidad con solo desearlo. Era algo único. Todos en el Gran Consejo temían que el tal Prometeo utilizara sus habilidades *provectus* para alterar la armonía del planeta y, con ello, poner en peligro el secreto de nuestra existencia, ya que, con anterioridad, había manifestado públicamente sus deseos de viajar a la tierra de los *sapiens* y presentarse ante ellos como un auténtico dios para ser adorado y venerado eternamente.

Un deseo desafortunado, egocéntrico y bastante peligroso para el equilibrio de la humanidad, deseosa de creer en un nuevo dios a toda costa. Y fue en el transcurso de su misión cuando mi padre conoció a mi madre y, ante todo pronóstico e inevitablemente, se enamoraron en un sentimiento mutuo y absolutamente verdadero en el cual, yo fui engendrado.

En el día de mi nacimiento, el tal Prometeo había escapado del control de mi padre y de sus compañeros y se temía que utilizase sus grandes habilidades *provectus* para exterminar a todos aquellos que se opusieran a sus deseos. Según supe más tarde, Prometeo estaba dispuesto a culminar su deseo de ser

adorado por los *Homo sapiens* como un dios y había empezado a utilizar sus habilidades para conseguirlo sin saber que, cada vez que las utilizaba, perdía un poco de su cordura. Sin duda alguna, todo aquello era un asunto de lo más delicado.

En el momento de mi nacimiento, Prometeo ya había empezado a entretener su plan y la carrera para terminar con aquella locura tan solo acababa de empezar. Ese fue el principal motivo por el que mi padre y sus dos compañeros de viaje tenían la obligación de sacarme cuanto antes de aquel lugar. Sabían que mi vida correría peligro si Prometeo supiese de mi existencia, pues, con toda probabilidad, si fuera descubierto o interceptado por nuestro enemigo reciente, intentaría a toda costa hacerse conmigo y utilizar mi frágil inocencia para convertirme en moneda de cambio y conseguir que, por un tiempo, se le dejara en paz y pudiese campar a sus anchas por la tierra de los *sapiens* o a saber qué locura más. Era del todo imprevisible.

Recuerdo que, cuando mi padre me sacó del exterior del hospital sin ser advertido por nadie, de repente, algo a nuestro alrededor me pareció extraño. Todas las personas que se encontraban al alcance de nuestra vista parecían ignorarnos. Como si no existiésemos. Incluso pasamos entre dos personas que estaban hablando sin ser advertidos. Por supuesto, el causante de tal prodigio era mi propio padre. Utilizó sus enormes habilidades psíquicas para borrar nuestra presencia de la mente de todas aquellas personas que se cruzaban en nuestro camino. A pesar de estar frente a ellos, ninguno podía vernos. Mi padre había alterado sus mentes para que fuera así. Era increíble. Para todo ellos, éramos invisibles. Sin duda, la grandeza de sus habilidades era enorme.

También recuerdo claramente que, al salir a la calle, la mujer que os he descrito anteriormente y que, más tarde, conocería como Raven se acercó a mi padre y, mientras que con sus habilidades de controlar el clima creaba una niebla muy densa a nuestro alrededor para que ningún *sapiens* pudiese vernos, unas enormes alas blancas y de frondoso plumaje se desplegaron de la espalda de mi padre, desgarrando sus vestiduras y dejándome muy asombrado. Mi padre, además de ser un héroe invencible con habilidades psíquicas, poseía unas formidables alas en su espalda.

Recuerdo que también estaba Baltasar. Sus pensamientos me asustaron. Había un gran sufrimiento en ellos. Eran pensamientos atormentados por sus hazañas anteriores y de dudosa nobleza. Los llevaba siempre presentes y fueron detectados por mis habilidades *provectus* que, por aquel entonces, aún no controlaba.

—Afortunadamente, no hemos tenido que entrar en batalla —dijo Baltasar con su profunda y ronca voz.

—Más que fortuna ha sido suerte, querido amigo —dijo la anciana Raven, cuya voz, al contrario que la de Baltasar, era tan agradable como la más hermosa de las melodías.

—Cierto es que no nos han visto, pero sin duda, más tarde, cuando no sepan esclarecer quién se ha llevado al niño, mirarán las cintas de las cámaras de seguridad que hay en todo el hospital y descubrirán que hemos sido nosotros. He podido burlar nuestra presencia a los ojos y a las mentes de los *sapiens*, pero, sin duda alguna, sus cámaras de alta tecnología nos han captado a la perfección —se lamentó mi padre—. Esos artilugios no tienen mente que controlar.

—Para entonces, ya estaremos en Edén. Pero de todas formas, ningún *sapiens* de este hospital podría reconocernos y, si lo hiciera alguno, yo mismo estaría encantado de darle las explicaciones oportunas —afirmó Baltasar.

Todos sonrieron. Entonces, las enormes alas de mi padre empezaron a aletear de una forma prodigiosa y empezó a levantarnos del suelo como si no pesáramos absolutamente nada. Fue en ese instante, mientras el fuerte aletear de aquellas hermosas alas blancas, que brotaban angelicales de la ancha espalda de mi padre, nos elevaban volando hacia el cielo en dirección a la ciudad de Edén, cuando comprendí cuán grande era mi especie y las extraordinarias aventuras que me deparaba el futuro.

A poca distancia, Raven y Baltasar nos seguían transportados por una corriente de aire, fuerte y densa, creada por la bondadosa anciana.

Tan solo habían pasado unas horas de mi nacimiento y yo ya había presenciado con mis propios ojos la fuerza y vitalidad de mi especie *provectus*.

Ese mismo día, aprovechando que mi padre y sus amigos se hallaban camino de Edén para llevarme a la tierra de mis semejantes, el *provectus* llamado Prometeo, que, durante tanto tiempo, había estado vigilado por mi padre y sus compañeros, apareció en público en medio de una final de un importantísimo campeonato deportivo que se retransmitía en directo en todas las televisiones del mundo. Volando desde el cielo, descendiendo lentamente al suelo y acompañado de un millar de palomas blancas, que resplandecían y revoloteaban a su alrededor, y envueltos en una hermosa luz celestial, surgida de entre las nubes. Su plan malévolo acababa de dar inicio.

Ante millones de personas, hizo una demostración de sus habilidades *provectus* e hizo que todos los presentes lo vieran realmente como un ser divino.

Nadie pudo evitarlo.

Todos creyeron que estaban viendo a un auténtico dios, hasta los más escépticos, y se autoproclamó el hijo de Dios, llegado del cielo.

«... y llegó del cielo el hijo de Dios para salvar al hombre de la destrucción.»

Muchos lo creyeron.

La gran mayoría.

Pero, como siempre sucede, hubo otros que no.

Debido a tal acontecimiento, entre todos los *sapiens*, creyentes y no creyentes del nuevo dios, empezaron un cruel conflicto religioso que amenazaba con dar inicio a una tercera gran guerra.

Ese día fue el principio de todo.

Esta es mi historia.

ÍNDICE

PRELUDIO	15
0 NOTA DEL AUTOR.....	25
1 EL DÍA EN QUE YO NACÍ	27
2 EDÉN.....	36
3 LA ESCUELA	40
4 MIS AMIGOS	51
5 GABRIEL DARWIN	69
6 MI PRIMER COMBATE	78
7 EL EQUIPO.....	97
8 EL MAESTRO DE LOS SUEÑOS	116
9 WAWAN JOW.....	138
10 REVELACIONES.....	151
11 EL RENACER DEL AVE FÉNIX	163
12 EL ATAQUE	173
13 INVASIÓN	185
14 IRA	198
15 EL CÓNCLAVE	217
16 SAPIENS	234
17 LA BESTIA.....	246
18 FINAL	259
EPÍLOGO.....	275